

SONATA DE CUERVO

John Reese

me gusta escribir

John Reese



Capítulo 1

PRELUDIO

La ley de la ciudad

□

Traje de petróleo, mirada milenaria. Recuerdo instintivo de mil y una generaciones brillando en unos ojos que, como perlas negras, presagian con astucia la indecisión de un destino vacilante. Silencio falso, mentiroso, hipócrita... silencio vestido de tranquilidad vespertina, brevemente roto por el quejido lejano de los motores que, como tambores de marcha, se acercan inexorablemente al fragor de la rutina semanal concertada entre las líneas blancas de la carretera. Un nuevo día empieza.

Sus ojos, nerviosos, se desvían hacia los lados. Retando la agilidad de sus congéneres, tensa los músculos y mueve las garras, excitado. Una docena más de ojos otean el codiciado premio: lo hacen bajo la atmósfera difuminada por la sangre de la alborada, regada con las gotas primerizas de la tormenta incipiente. Un retal de nube resbala de pronto sobre su cola. Rota la cabeza cuarenta y cinco grados; un gorjeo se mezcla con el murmullo del viento y la explosión de un trueno tímido. Conspira en silencio contra las intenciones ajenas, contra la gula del otro pájaro de asfalto, un día hermano, hoy competidor. Asfalto...

La vida en la ciudad no es fácil... a veces los aparatos entorpecen los quehaceres de su familia y las crías humanas lo persiguen con frecuencia. Aunque suele bastar un grito para intimidarlos, precedido su mito por turbias y ancestrales historias de superstición. No obstante, él es ajeno a esas historias... y su historia real es la lucha. La lucha por la vida desde que rompiera el huevo y fuera criado como bastardo, crecido como desigual y madurado como superviviente.

El frente de nubes se aproxima acelerado... lunes, siete de la madrugada. La tempestad llega con antelación a su cita con la decepción de miles. Hora de desayunar. Un sonoro graznido emerge y se funde con la tranquilidad pintada de estrés y anhelo: ahí está el mendrugo. Su posición, delatada por espías inmersos en la bandada vecina. Astillado y amarillento, el pan lo llama suculentemente con la miga petrificada por las horas, quizá los días, y la intemperie. Sería suyo... de nadie más. Él nunca había sido especialmente respetado por el nuevo grupo, tal vez debido a su condición de neófito, tal vez porque, entre la hermandad y la comida, ya había dejado claro qué le resultaba más motivador.

Extiende sus alas, no esperará a que otro lo intente... Da un salto desde el borde del tejado y se cierne elegantemente sobre la carretera. Un rizo en

el aire, en danza con la lluvia fina y caótica, genera un concierto de gorjeos entre los demás señores negros. Inquietud, sorpresa. Desagrado y odio.

El naranja matutino cada vez es menos intenso, y las densas nubes oscuras, como hinchadas de petróleo, lloran con intensidad progresiva y cierta acidez. Al llegar al suelo, un rayo deslumbra. Se refleja como un sablazo de luz sobre sus ojos brillantes, y un nuevo trueno, esta vez mucho más potente, secuestra la imperfecta afonía. Él grita, se regocija con el pan antes de hincar el pico. Los demás elevan el vuelo en un baile embrollado de plumas de carbón. Le dejarán en paz. Mira hacia arriba, recoloca sus alas y garras sobre el suelo y se acomoda orgulloso.

Este es su día.

Y algo le dice que será un gran día.

Capítulo 2

I

Estrella moribunda



Un pestañeo, gesto vestido de aparente insignificancia, de finitud temporal. Mero chispazo inconsciente cubierto por pestañas rizadas hacia el cielo y humedecido por la incipiente humedad del sollozo silencioso y la lluvia. Todo continúa hacia adelante, excepto las mentes ancladas al ayer con los grilletes de la culpa y las cadenas del remordimiento, forjados cuando el terror y la impotencia se convirtieron en acciones, y las acciones en consecuencias.

No sabe adonde ir y recorre medio cielo con la mirada, esa mirada vidriosa poseída por la melancolía alcohólica. Sirio, Vega, Antares... ¿qué más da? Mundos ocultos por la cortina nubosa. No existen, o al menos parecen no existir en este momento. Ojalá pudiera irse, dejarlo todo atrás y empezar una vida tras haber olvidado. Solo desea no sentir el vacío donde su voz quebradiza apenas acaricia el aire indiferente, musitando suspiros ahogados en aliento de cerveza.

Bienestar... Las manos manchadas de barro, y el pestañeo se repite. Y esta vez se queda sellado, buscando la eternidad en un momento y quizá el descanso en la negrura. De pronto, no puede seguir caminando. El cuerpo le pesa como el plomo, el alma como la materia oscura. ¿Cuándo había pasado? Se lleva las manos al vientre. Siente algo extraño en su interior, delatada su presencia por el asco y el remordimiento. Y llora. Tímidamente, a merced de la aparente soledad de la calle. Se hace un ovillo mientras el viento, cada vez más poderoso, despeina caprichosamente sus cabellos.

Retahílas de pensamientos recorren su cabeza durante el instante eterno, millones de voces la culpan, la atormentan y acechan su orgullo. Sentencias sin sentido, pero convincentes y poderosas... el juicio ajeno al todo y autojustificado, la ecuación sin incógnitas, el mundo sumido en la espiral de la locura.

Redunda la oscuridad del negro: nuevo pestañeo. Sus párpados se pegan y el agua salina comienza a fluir con caudal creciente de las fuentes lagrimales. ¿Quién era ella como mujer? ¿Quién era ella como persona? ¿Qué había hecho con su vida? Veintitrés años recién cumplidos, y veintitrés semanas de engaño vestido de seda.

El día ya es inminente. La peor noche de las mil y una que conforman una existencia, coronándola como el colmo regalado por un dios indiferente.

Vuelve a mirar al cielo. Nubes grises, colofón del inicio de semana. Siente cómo se muere por dentro, lentamente. No hay dolor, pero sí presentimiento. Presentimiento tan de ceniza como la tormenta amenazante. Escoria....

¿Era eso lo que era, escoria?

Cuando la luz deja de brillar, la estrella se queda fría, congelada para siempre en el recuerdo lejano del calor y la dicha que, desde el pasado, parecen mofarse de la muerte. Sin familia, sin amigos, sin autoestima; sin órbita, sin rumbo, sin causa. Exploradora en tierra baldía laberíntica, sin orientación posible y con último fin el camino eterno en círculos.

Se lleva de nuevo las manos al vientre. Cubierta de agua, un nuevo trueno acompaña a la percusión de las nubes sobre el suelo. Se siente mareada... todo le da vueltas de pronto. Una arcada esclaviza su garganta y mente, y no puede evitar vomitar. Unos segundos de malestar general, mientras el aguacero la baña.

Presiente que quiere ahogarla, y ella quiere que la ahogue. Se siente como marinera en un océano infinito sin tierra firme que la recoja: como marioneta del espectáculo mundano; como la muñeca despeinada que, de niña, siempre había dejado en el fondo del armario para que no rompiera la sintonía celestial del resto de muñecas; como las sobras de la carroña con que los cuervos festejan la Navidad.

Capítulo 3

II

Sonrisas de Estocolmo

□

Recuerdos.

Recuerdos hermosos, risas ebrias de emoción, felicidad obesa de necesidad satisfecha... Cuán feliz había sido y cuán poco había tenido que dar... Felicidad pura concentrada en un nimio lapso de tiempo, y sin embargo casi tan extenso como el mismo mundo que la estrechaba entre sus brazos de aire.

Él la amaba... de eso estaba segura. Nadie la comprendía como él, y por eso se había ido de casa. Por eso había renegado de las personas que siempre habían dicho que la querían, haciendo alarde de la formal hipocresía humana. Por eso lo había dejado todo.

Todo por él. Un sentido descubierto para una vida anhelada, un amor correspondido. Amor de verdad...

Cincuenta y nueve... la báscula no engaña. El temor a la aguja roja la asaltaba de pronto: se quedaba vibrante, como titubeando a la hora de dar la mala noticia. Pestaños inquietos, labios mordidos. Se recogía el pelo y se iba al baño. Técnica de dedos antes inseguros, ahora con la práctica del funambulista experimentado. Aunque no había comido nada ese día, sentía el vientre lleno de basura. El fondo del aseo quedaba manchado de líquido lechoso y su reflejo en el espejo denotaba entonces alivio y satisfacción.

El cepillo de rímel acomodaba sus pestañas hacia el infinito, y el lápiz de labios hacía a estos parecer más jugosos. Polvos para realzar los pómulos y tacones de doce... Ajuste de escote y nube de perfume. A pesar de considerarse una chica normal, sabía que tenía mucho para ofrecerle. Lo sabía desde que él se había fijado en ella, cuando antes nadie lo había hecho. Se sentía especial. Se sentía bien consigo misma, aunque cuando bajara de peso se sentiría aún mejor.

Tarde de domingo, verano. Coge las llaves del piso de alquiler, cierra las puertas y, con paso firme, se dirige hacia el ascensor.

El beso más placentero que jamás había sentido. Era como si un universo nuevo se formara cada vez que la besaba, cada vez que rozaba sus labios con los suyos y sus almas parecían fundirse en un único ente. El resto del

mundo no existía, y un huracán de emociones devastaba el aparente orden reinante en su espíritu.

Dedos entrelazados, cortejo animal disfrazado de humano; miradas que desnudaban sonrisas. Él le prometió una sorpresa. Pero sería en la discoteca, entre licores y jarras de cerveza.

El teléfono suena... Él lo mira, con cierto talante preocupado. Rápidamente lo apaga y se lo guarda en el bolsillo. Ella, con interés, le pregunta. «Un amigo», constesta. Pero él quería dedicarle tiempo solo a ella. Un calambre de complacencia recorre su espinazo, como la corriente que ilumina pantallas o la convección que ilumina soles.

Luces intensamente parpadeantes; música elevada, con un marcado ritmo. Él la besa. La electricidad estática se vuelve a adueñar de sus labios; placer con regusto a vodka con lima y ecos de cerveza. Él saca una pastilla. Quiere compartirla con ella. La inocente desconfianza de la niña hace algunos años hecha mujer renace por un instante... pero él insiste, y vuelve a besarla. Quiere que compartan una experiencia única, un viaje inigualable. Ella termina accediendo: buscan la lengua del otro mientras juegan con ese minúsculo e inquietante disco de tacto suave. Brindis y trago de cerveza. Luces parpadeantes ultra brillantes, ritmo contundente que invita a bailar...

En la distancia se escucha el eco de un trueno. Danza de caderas, caricias y sonrisas, ojos por momentos vidriosos y luminosos. La sensualidad abrazando su cuerpo; calor y deseo. De pronto, necesidad de ir al baño.

Y se siente observada. Un hombre de apariencia madura la mira de arriba a abajo mientras espera. Se acerca y se presenta. Ella hace como si no le hubiera oído, si bien se siente incómoda y no puede evitar evidenciarlo. El hombre se arrima más y ella se aleja sutilmente, hasta que llega a la pared. Mira al fondo del bar: busca a su amor con la mirada pero no lo encuentra. Cuando el baño queda libre y se dispone a entrar, el hombre la agarra del brazo. La acerca hacia sí y, tambaleándose, la besa. Ella siente miedo e intenta resistirse, pero él la sostiene muy fuerte. De pronto, se siente mareada, pierde las fuerzas y apenas es capaz de sostenerse de pie.

Él la ve: ve cómo se está besando con otro. Nervioso y tambaleante se aproxima, la separa de ese desagradable individuo, que murmura por lo bajo y se inclina contra la pared. Ella no sabe qué está pasando, escucha una palabra horrible e intenta disculparse. Él la zarandea, la mira a los ojos, levanta la mano y la golpea. Su rostro se ladea por el impacto.

El mareo y una sensación de opresión la sumergen en un estado de incomprensión. Gira lentamente la cabeza y lo mira a los ojos, pero en realidad mira más allá: otea la nada, el horizonte inexistente y fundido

con la densa atmósfera de alcohol y humo de tabaco. Sabía que había hecho mal, y sabía que siempre que él la pegaba era por su bien: estaba acostumbrada, y estaba de acuerdo con eso.

Pero esta vez, él no le daría más oportunidades. Lo último que escucha es un nuevo insulto, y su mente se desvanece casi por completo. No se mantiene en pie y rápidamente busca una silla. Se sienta y se encoje, encerrando el rostro entre sus manos.

Luces parpadeantes ultra brillantes, ritmo contundente que invita a bailar.

Silencio.

Capítulo 4

DESENLACE

Historia de un cuervo



No quiere... no quiere seguir viviendo... ¿para qué? Su vida no tiene ningún sentido, no la comprende y esta no parece hacer un esfuerzo por dejar de ser un enigma, la equis imposible en la expresión irracional de una existencia absurda.

De pronto, sonrío. Acaba de tener una idea maravillosa, que se traduce en que pronto todo cobrará lógica, pronto todo tendrá los colores del arco iris, pronto todo dejará de doler. ¿Cómo había sido tan estúpida como para no haberlo pensar antes?

Un nuevo trueno rugen; el traqueteo de las tracciones a cuatro ruedas se codea con el mismo, y ambos se funden en un abrazo ruidoso, de regusto metálico. El señor negro musita un leve canto disonante cuando la mira acercarse. Ladea su cabeza: la curiosidad instintiva esclaviza sus sentidos por una fracción de segundo. Abre ligeramente el pico; los dos ónicos de su mirada reflejan un alma perdida en las entrañas del tiempo, y en el corazón inmóvil del desvanecimiento.

Pan acabado, buche lleno.

Ella lo mira indiferente, él la mira con recelo. No se conocen pero no se asustan, si bien algunas motas de inquietud quedan flotando entre ambos. Silencio, por fin para nada tenso. El eco del trasfondo parece dejar de sonar, difuminarse con la paz incipiente, y ella cierra los ojos. El cuervo la sigue mirando...

Luces verdes en semáforos circundantes, que ceden el paso a los vehículos. Él planea elevar el vuelo y buscar otro premio. Hoy casi no hay nadie, mientras el agua friega la calle y satura el aire de humedad estival. Pájaro entre pájaros, pero de personalidad única, está decidido a acabar el día como había empezado: con suerte. Extiende sus alas, se prepara para impulsarse.

Y, súbitamente, sorpresa.

Destello de luz ultra brillante, frenazo, derrape chirriante que atenaza por

breves instantes el compás arrítmico de la lluvia.

Asfalto pintado de bermellón, arte conceptual y macabro del destino incierto; sangre drenando las grietas de la carretera y diluyéndose en el agua precipitada en forma de lágrimas sin sentimiento. El señor negro emite un último y breve graznido antes de irse al olvido de los cuervos, y su acompañante en la nave de Caronte mira al infinito, sin pestañear, con parte del cráneo abierto y un arroyo rojo discurriendo por la comisura izquierda de sus labios de mujer. A su alrededor, retales de mente y materia gris desperdigadas sin orden, configurando un nuevo cosmos de quietud entrópica.

Alas quebradas, huesos rotos, vientre desgarrado.

Por fin no más llantos, por fin no más ruidos... por fin no más sufrimiento. Por fin no más camino eterno en círculo: una señal que marca el fin y pone orden en la espiral que de otra forma nunca hubiera concluido. Volvería a nacer, y se había prometido no volver a ser una jodida puta de mierda, como él la llamaba con frecuencia.

Y por fin silencio. Brillo apagado, frío y quietud eternos. Estrella congelada, sin calor ni energía, y solitaria en una soledad sosegada.

Este ha sido su día.

Y algo le dijo que sería un gran día.